



BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección

b m ch

9A1354-11

Clasificación

Cutter

Año Ed

1911

Copia

1

Registro Seaco

Registro Notis

AAA 80.15

BIBLIOTECA NACIONAL

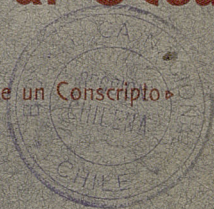


0180222

fol. -
Guillermo Labarca Hubertson

Mirando al Océano

«Diario de un Conscripto»



IMPRENTA UNIVERSITARIA

1911

26655

bm ch

CR 863

~ 1957 pm

1911

C. 1

AAA8015

En 1911
a Hubertson
1911
RAA 8015

Guillermo Labarca Hubertson

Mirando al Océano

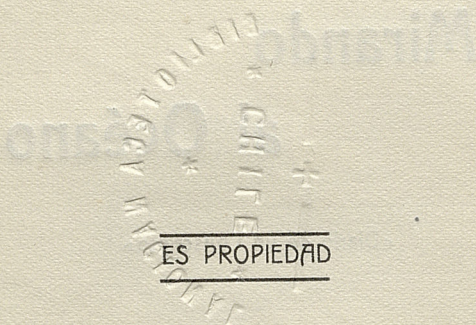
«Diario de un Conscripto»



IMPRENTA UNIVERSITARIA

1911

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



ES PROPIEDAD

DEL AUTOR:

Al amor de la tierra.

Cuentos.—(Agotada)

EN PREPARACION:

Los Hombres.

(Novela)

Mirando al Océano

— Diario de un conscripto —

«El novelista que pretenda darnos una imagen exacta de la vida, debe evitar con cuidado todo encadenamiento de sucesos que parezcan escepcionales. Su fin no es contarnos una historia, divertirnos o enter-necernos, sino forzarnos a pensar, a comprender el sentido profundo i oculto de los aconteci-mientos... Deberá com-poner su obra de una manera, aparentemente tan sencilla, que no sea posible indicar su plan.

En vez de concebir una aventura i de de-senvolverla hasta el fin

de un modo interesante, tomará su o sus personajes en un determinado período de la existencia, i los conducirá por transiciones naturales hasta el período siguiente. La habilidad de su concepcion no consistirá en la emocion o en el encanto, en un poderoso atractivo o en una catástrofe conmovedora, sino en el agrupamiento sagaz de hechos menudos, de los cuales se desprenda el sentido definitivo de la obra.

Tales son los hilos sutiles, casi invisibles, empleados por ciertos artistas modernos en vez del cable único, que tenia por nombre: la intriga.

En suma: el novelista de ayer escogia las crisis de la vida, los estados agudos del alma i del corazon; el artista de hoi escribe la historia del corazon i del alma en su

estado normal.» — GUY
DE MAUPASSANT.

«No puedo llevar la
cuenta de mi vida por
mis acciones; la fortuna
las puso demasiado ba-
jo: la llevo por mi fan-
tasía.» -- MIGUEL EYQUEM
DE MONTAIGNE.



I

—Adios!—contestaron con indiferencia los remeros, i miéntras yo ascendia con agilidad la escala del muelle, el patron dió la órden de volver al remolcador.

—Boga! avantel

Quedé solo. Un momento contemplé el bote que se alejaba i luego me volví, jirando la vista en derredor. Una casita blanca se erguia solitaria

junto a la playa, pero no se veía alma viviente por ninguna parte. Tras un instante de vacilacion, me dirigí a ella.

Junto al dintel habia un soldado i quise noticiarme.

—Por donde se va al fuerte?

—Te mandan aquí, concripto?— me preguntó, mirándome de arriba a abajo.

—Sí, vengo destacado.

No pareció darle mayor importancia. Siguió trenzando concienzudamente las mallas de una red i despues de una pausa me indicó el sendero con el brazo en alto.

—Por allá... arriba de aquella puntilla, ahí está el fuerte.

Eché a andar con el rifle al hombro i la mochila a la espalda. Traia todo mi equipo; sólo me faltaban algunos objetos que tuve que dejar en el cuartel central porque no se admitian en el vapor de ronda. Poca cosa, sin embargo. Lo mas importante para mí, las primeras santas reliquias que la vida dejara entre mis manos, las traia bien ocultas en el fondo de mi equipaje: un retrato, unas flores secas, un guante... Porque entónces yo estaba enfermo de mal de amores i buscaba convalecer en mi nueva existencia de recluta.

(Sólo despues he aprendido que el mal reincide, como las tercianas, aunque nadie se muere de él).

El ascenso era largo i fatigoso. Por el camino, las ramas de los boldos me azotaban la cara. Sobre mi cabeza pasó volando la entonacion de un cantar:

Al ver en la inmensa llanura del mar,
las aves marinas con rumbo hácia allá...

Escuché atento: ¿quién traeria hasta aquí, los ecos de la vida ciudadana?... Por último, sin sospecharlo, desemboqué en una esplanada ancha, al lado del mismo fuerte. Al término de ella habia algunos edificios blancos i bajos.

En el espacio despejado, un oficial corria en bicicleta. Se le habia caido la gorra i el pelo flotaba hácia atras.

Reia, al parecer mui contento. Al verme, se detuvo para inquirir con tono autoritario:

—Quién eres?

—José Fernández, mi capitán. Aquí está mi destinación.

Bueno. Anda a verte con el 1.º Canales... allá.

Cuando ya iba, me requirió:

—Espérate. Deja el rifle en el suelo i sostenme este aparato para subir otra vez.

Caminé de nuevo en direccion a los edificios i alguién me guió.

—Presente, mi 1.º: José Fernández, de la 5.ª compañía. Me mandan aquí.

—Dónde está la órden? el armamento? el equipo?

Iba anotando en un libro i me hablaba con voz brusca i áspera. Me habian enseñado ya que eso significaba enerjía militar i no me extrañó.

—Bueno. Hoi ha concluido la tarea. Anda al rancho. Mañana comenzarás la instruccion... La diana se toca á las 5.

Dí media vuelta.

—Aguarda. ¿Siempre está de ayudante mi teniente Sandoval?

—Siempre.

—Maldito!... Está bien; retírate.

Despues del rancho no habia nada que hacer. Conversé un poco con los demas soldados. Entre ellos estaba Romero, un antiguo conocido de la 5.^a, cuya mujer servia de cocinera al

jefe. Esto trajo la plática sobre los oficiales. Mi teniente? así, así; pero mi capitán... un demonio.


Luego fueron a acostarse, sin embargo yo me quedé en la esplanada, sorprendido aun por la novedad de todo aquello. No habia luces i estaba mui oscuro; soplabá un viento fuerte, i escepto el zumbar agudo de los alambres telefónicos, no se oía nada mas en aquel peladero de la puntilla.

Estuve un rato sentado en una piedra, entretenido con mi cigarro i pensando en mi mal que era mi encanto.

A lo léjos rasgaba la negrura de la noche el luminoso parpadear de un faro.

Al fin me recojí tambien.

La cuadra era abovedada i mui chica; las camas estaban unas sobre otras, como en los camarotes de los buques. Permanecí hasta mui tarde con los ojos abiertos, mirando la oscuridad i sin poder dormir. Allí dentro el aire estaba caliente i habia mal olor.





II

Al amanecer nos despertó la di-
na. Desperezábanse los soldados, i a
regañadientes iban calzándose las
prendas de vestir, blasfemando cuan-
do alguna se estraviaba en la acen-
tuada penumbra de la caseta.

A los pocos minutos aparecieron
los cabos a la puerta, gritando con
energía:

—A formar! A formar de una vez!

El cielo azul i uniforme tenia la transparencia helada del alba. La línea sinuosa de las costas lejanas apenas se adivinaba en la vaguedad de la bruma. Hacia frio.

Primero tuvimos gimnasia bajo la vijilancia de mi teniente Rubilar. A continuacion fuimos al fuerte donde estaban los cañones de 28, mui grandes i complicados.

Me tocó formar detras de la pieza, mirando al océano. El oficial leia en un libro las obligaciones de los sirvientes del cañon i los compañeros iban repitiendo por turno.

Yo no escuchaba: el mar me sorbia la vista. Desde mi sitio se columbraba hasta mui léjos, i distinguia lo

mas bien el reguero de las corrientes i las manchas oscuras de los bajos fondos. Al ras del agua una leve brisa rizaba la superficie, inflando al mismo tiempo la vela blanca de un bote distante.

—El número 7 está con la boca abierta! Animal!

Yo era el número 7. Entónces atendí hasta el fin, pero a ratos se me iban los ojos tras el botecito que avanzaba lentamente, mui próximo ya a la costa del otro lado.

La instruccion, mui larga, fué seguida por un descanso de un cuarto de hora. Los reclutas reposaban sentados en cualquier parte, fijando los ojos inespresivos en el incansable

oleaje o en las quebradas que hendian aquí i allá los flancos de los cerros. No habia ánimos ni para hablar.

Correspondia despues, de $10\frac{1}{2}$ a $11\frac{1}{2}$, una clase teórica con mi capitan, en el galpon de zinc.

Llegó con los ojos capotudos de sueño aun i el recio mostacho planchado por la bigotera. Los soldados que llevaba al pueblo por las noches para que trajesen la bicicleta, decian que en el club jugaba hasta el amanecer.

Echó una mirada hosca a todos. Viendo una cara nueva i sin recordar mi nombre, me preguntó con voz gruesa i cavernosa:

—¿Cómo te llamas tú?

—José Fernández, mi capitán.

—Siéntate.

Empezó la clase con algunas preguntas. De pronto se dirigió a uno.

—A ver, que diga Castillo.

Se cuadró Castillo. Sus ojos pestañaban con inaudita rapidez. Mirando al frente como si la respuesta estuviese escrita en el muro, empezó una relacion a todo escape. De pronto se equivocó, se atascó, se puso colorado i todo se lo llevó el diablo. Ya no pudo seguir.

Miré a mi capitán. Estaba cárdeno, los ojos salientes i los puños apretados.

—¡Qué se quiebre uno la cabeza para enseñar a estos brutos!... ¿no vas

a aprender nunca, babieca?... Dos horas de planton!

El otro se habia puesto pálido i como no le hizo sentar, quedó de pió hasta el término de la clase que concluyó entre blasfemias e imprecaciones.

Al medio dia distinguí en la esplanada a Castillo con otros cinco mas, erguidos, inmóviles bajo el reque-mante sol meridiano. Al rededor de los pies les habian trazado una raya en el suelo para constatar si se movian...

Yo estuve algun tiempo en el cuartel central; pero apesar de ese ensayo, la vida del fuerte me desconcierta por completo. Allá habia todavía

un resto de voluntad en cada individuo i en el lenguaje de los superiores se advertia con trabajo, pero se advertia al fin, cierto afan persuasivo. Acá, nó: todas las ordenes van acompañadas de insultos i la recua obedece sumisa i resignada. Nadie es capaz de moverse; todo se hace a la voz de mando: por aquí!, por allá!, a la derecha!, a la izquierda!

I ademas, el mar que se me antoja infinito mirado desde la cumbre de estas colinas, me produce un asombro continuo; i estos montes adustos i graves... Total: que me siento trasladado a un mundo que no comprendo i al cual no puedo amoldarme todavía.

Echo tanto de ménos mi casa tranquila! I, sin embargo, no querria volver... Tengo el firme propósito de curarme aquí i de olvidarla. ¿Podré olvidar sus ojos negros que parecen absorber todas las cosas, de tan honda que es su inmensidad?...

Furtivamente estraigo su retrato del fondo de la mochila i me voi solo a explorar las quebradas llenas de bosques...

III

He conseguido que se me dispense la asistencia a algunas clases de teoría en gracia de mis exámenes del liceo. Tengo al efecto una serie de papelitos en que varios caballeros testifican mi sapiencia. ¡Dios se los tenga en cuenta!

Los ratos libres los ocupo en recorrer el fuerte. Los dominios de éste

son mui estensos; hoi me los indicó el sarjento Miranda.

Los cañones están emplazados en la cresta de una loma desde donde baten estratégicamente la bahía; pero a sus espaldas le pertenecen tambien los cordones hasta el camino real, mientras que al frente, allá abajo, los limita el mar. Sendos linderos marcan sus flancos.

Toda la estension está casi deshabitada i en gran parte cubierta de bosques crespos i tupidos que se descuelgan por los taludes de los barrancos i quebradas. Abundan los avellanos, boldos, laureles, casi toda la flora peculiar de los montes de Chile, i entre el follaje verde i perenne, llamea aquí

i allá la mancha roja de los copihues. Hai, sin embargo, trechos desprovistos de vejetacion, cubiertos de yerbas desmedradas en que sobresalen los cardos.

Una vez, miéntras bajaba una pendiente, dí de pronto con el cubil de un zorro que escapó a todo correr con la cola enhiesta i se perdió entre los jarales. Esto me ha hecho adivinar en los collados i en los bosques todo un pequeño mundo misterioso, con vericuetos i veredas que conduzcan quién sabe a donde.

Me he propuesto reconocerlo.

Durante los primeros dias desciendo cada vez que puedo por los sende-

ros tortuosos o por cualquiera parte, en direccion a la playa.

El mar me atrae poderosamente. Ante él, experimentó un placer agudo que yo me esmero en no destruir con reflexiones de ningun jénero; me entrego por completo a este goce penetrante i me paso horas de horas escuchando el rumor de la resaca i viendo el tumbo del oleaje.

Me encanta el aspecto del mar, de la mar gigante, en su conjunto i en sus detalles; me agradan las débiles algas ondulosas i los huiros flotantes, los pájaros nadadores, las conchas multiformes de las playas, los innumerables i minúsculos organismos que viven en las aguas o en la arena;

me apasiona el contraste de toda esta vida humilde i bullente con la grandeza de las montañas, de estos colosos austeros que se yerguen frente al océano movedizo i cambiante....

Cuando llegué abajo esta mañana, un gran trasatlántico venia entrando a la bahía i en alta mar se divisaba otro vapor cuyo penacho de humo era una raya negra que se prolongaba contra el cielo en una grande estension. No habia viento i la banda oscura se desflocaba poco a poco en pequeños jirones.

Púseme a explorar la playa en larga caminata, cruzando aquí algun retazo de arena finísima o escalando mas allá los macizos rocosos que se inter-

nan en el mar, desafiando el eterno embate de las olas.

De repente, en medio de unos grandes peñascos, distinguí a mi teniente Rubilar. Estaba sentado en una piedra, observando la marea con actitud meditabunda, la cara apoyada entre las manos. A sus pies, había un libro abierto.

—Bah! mi teniente... ¿en qué pensará?

No me vió. Seguí andando, algo fatigado por la aspereza del terreno i el sol ardiente que espejeaba sobre la líquida superficie con matices de acero.

A la vuelta de un promontorio encontré una casucha miserable, prote-

jida por un acantilado de la costa.

Un perro flaco vino a mi encuentro, ladrando con furia. Una voz cascada lo aquietó.

—Timonel! Timonel!

Cuando adelanté otros pasos, ví un viejo sentado en un piso, esculpiendo el puño de un baston con un cortaplumas.

—No tenga miedo—me dijo—ladra no mas, pero no hace nada; es tan viejo como yo, casi—añadió con una sonrisa bonachona i maliciosa.

Era curioso el rostro del viejo: rasurado por completo en todo el frente i circuido por una barba blanca i esponjosa, tal como el retrato de Lincoln que nos era tan familiar en el

liceo, a causa de nuestras colecciones de estampillas.

—No tengo miedo—respondí, deteniéndome frente a él.

—Ud. es del fuerte, nó?

—Sí, soi artillero.

Trabamos conversacion. Era un viejo lobo de mar consumido en la lucha contra el océano.

A una pregunta mia, contestó con tono bromista:

—Qué he de ser solo! Tengo una porcion de hijos... Dos se ahogaron en Lirquen, pescando, una noche—se interrumpió para buscar el sitio con sus ojos cansados; despues estiró el brazo—allí ¿ve? en aquella caleta. Lo decia sin pena, tranquilamente.

Se comprendia que para él, aquello era una cosa natural, un fin mas justo que otro cualquiera.

—Otro, anduvo embarcado i se casó en Iquique. Ahora vive allá.

Habia vuelto a inclinar la cabeza i continuaba con cuidado su interrumpida ocupacion.

—Tengo otro mas todavía—agregó, levantando el rostro con un guiño espresivo—anda en la «Chacabuco», por los mares de Magallanes.

I despues de una pausa, como un detalle de menor importancia, completó:

—Tambien tengo dos hijas: una vive en Penco, se llama Florinda i tiene una posada para los marineros;

la otra está aquí con Vásquez... el pescador del fuerte, pues.

I para concluir, dedujo con un mirar picaresco de sus ojillos:

—Si yo soi como un astillero de donde han salido muchos barcos!

—Bravo!—corroboré, dándole a entender que comprendia el orgullo de su numerosa prole.

Tornó a ponerse grave; hurgó un instante con la punta del cortaplumas en el madero i dijo con desaliento:

—Ahora soi un ponton arrumbado... tengo 80 años i ya no puedo pescar ni sirvo para nada. Estoi aquí de allegado... Apénas tengo para vivir con una pensioncita del Gobierno.

Le dí un cigarro i el rápido pespunte de nuestra charla nos condujo a las cosas de la guerra, al ciclo heroico de su vida, al manantial de todos sus recuerdos.

Habia estado embarcado i llegó a cabo de cañon... por eso le llamaban *Rabiza*... Estuvo en el «Huáscar» con el capitan Thompson, un guapo, como Ud. sabrá. La mañana aquella, delante de Arica, él tambien estaba sobre cubierta i vió desaparecer al jefe, barrido por la granada... Poco antes, no mas, le habia dicho al pasar: «apunta con calma, *Rabiza*, hijo mio»... ¡Qué buen mozo era i tan justo con los *niños*!

Moviendo la cabeza resignado, dijo

con unción, vivo el recuerdo de su heroico comandante:

—Qué hemos de hacerle!... Que sea por amor de Dios, señor...

Quedamos amigos, i ántes de retirarme le ofrecí repetir la visita.

Al llegar a la esplanada, jadeante i cansado, distinguí a mi teniente, de pié sobre un talud. Tenia suspendida a Marietita, la hija de mi capitán. La niña le rodeaba el cuello con los brazos i su carita de azucena se apoyaba amorosamente en el rostro triqueño del oficial que le acariciaba el pelo.

En la puerta del edificio apareció la señora Amelia, alta, vestida de ne-

gro; sus cabellos tenían vislumbres de oro a la luz del sol.

Poniendo la mano como pantalla para protegerse de la claridad demasiado viva, gritó:

—María Antonieta!

Mi teniente fué hácia ella i puso en sus brazos la niña que, con igual ademan, rodeó el cuello de la madre.

En los ojos de la señora, celestes, humildes i puros, había una sonrisa, un reflejo dulce.

Entró en la casa.

Poco despues nos llamaron para el rancho.

IV

Mi teniente es todo un hombre. Alto, de cara bronceada, con ojos negros i el bigote oscuro, de guias retorcidas.

Su aspecto tiene, sin embargo, algo indeciso, vago. A menudo, cuando nos mira, parece que no nos viera. Por sus pupilas resbalan entónces reflejos misteriosos, como esas sombras móviles i fujitivas que proyectan las

nubes sobre el mar en calma. Cruza con paso de sonámbulo por entre los grupos de soldados que hacen ejercicios en la plaza de armas i necesita un esfuerzo, a veces visible, para volver en sí i recuperar su apostura miliciana de combado pecho i sueltos ademanes.

Se diría que el aspecto marcial i fachendoso es una constante obsesion de los oficiales i que para conseguirlo, cuidan con femenil esmero sus trajes i actitudes.

Entónces resurje tambien en mi teniente ese fondo de irascibilidad que parece crearse en cuanto se carga el uniforme.

Hoi no mas, estábamos formados.

Los movimientos iban saliendo muy bien; pero, en el instante en que él mandaba: «al hombro, ar!», a Inostroza, que estaba junto a mí, se le cayó el fusil con estruendo.

De un salto se puso frente a él.

—Tienes gusanos en los sesos, cercícalo?

Yo observaba con curiosidad que debajito del ojo derecho se le estremecía la piel en un tic nervioso.

Comprendimos que iba a continuar en sus imprecaciones, tal era su actitud colérica. Sobrevino un profundo silencio, en medio del cual se oyó a la distancia, la voz infantil de Marierita, que ascendía en el espacio, cantando regocijada:

Mambrún se fué a la guerra,
no sé cuándo vendrá...

Mi teniente se dominó violentamente i volviéndose a una clase próxima, dispuso:

—Sarjento, continúe Ud!

Despues se alejó mordiéndose el bigote.



V

El rancho es mui malo.

Unos soldados mugrientos, inmundos, aderezan en un gran fondo un condimento extraño: es un líquido amarilloso cubierto de una costra de grasa que al cortarla con un cucharon enorme, deja ver unos interiores de color plomiciente en que se confunden papas, pedazos de carne i una porcion de cosas que flotan un rato

como náufragos desvalidos, concluyendo por irse a pique otra vez, apenas se calma la momentánea borrasca. Hai todavía un segundo guiso compuesto por una mazamorra de porotos, espesa i negruzca.

Al principio me producía náuseas, pero aquí no hemos venido a hacer dengues, como dice mi 1.º Canales, sino a ser soldados.

Por eso, cuando Romero me invitó a comer con su mujer, acepté.

Micaela es una mujer gruesa, rechoncha, de color de cobre, con marcado tipo araucano i mui habladora.

Nos instalamos en la cocina de la casa de oficiales. Tras de un venta-

nal, opaco por la falta de limpieza, se distingue el comedor.

A la cabecera de la mesa preside mi capitán; a un lado se ven las espaldas anchas de mi teniente, i al otro, la señora Amelia i su hijita.

La señora es rubia, con el pelo como el oro, los ojos del mismo color azul que tiene el mar por la mañana; tan linda, tan linda, como una virgen. María Antonieta es mui parecida a su madre.

—Cómo las querrá, nó?

—A quién? pregunta Micaela mui estrañada.

—A la señora, pues, i a la niña.

—Hum!

Con los labios apretados hace un

mohin de ironía, miénttras balancea la cabeza de arriba a abajo.

Despues de una pausa me entera de las interioridades.

A veces la mar tranquila hace olas en el fondo. El capitan era un basilisco; la reñía a cada instante i alguna vez hasta le pegó... Las mas de las noches se largaba al pueblo sin regresar hasta el dia siguiente, i no sé qué cosas corrian de unos lios...

—Cállate, mujer—interrumpe Romero—todas Uds. son unas ardilosas!

Como para corroborar el aserto de la hembra, retumba de pronto la voz estentórea de mi capitan.

—Pero Amelia, Ud. es una estúpi-

da! En adelante tendré que preocuparme yo tambien de la cocina!

Asustada por los gritos, Marieta rompe a llorar.

Por un instante se le contrae el rostro a la señora Amelia, pero pronto vuelve a aparecer su jesto de humilde resignacion. Jira la cabeza hácia nuestro lado i el pedacito de mar tiene brumas i le ruedan lágrimas por la cara. Coje a su hijita en brazos i trata de calmarla con besos i halagos silenciosos.

La comida termina en medio de un mutismo pesado i hostil, i a mi no me quedan ganas de volver a aceptar las invitaciones de Romero.

Me marchó, mientras acuden a mi mente recuerdos de otra época: «A mi una pobrecilla mesa de amable paz bien abastada me basta...»

VI

Mi capitán le tiene un miedo horrible al mar. Para bañarse en agua salada, un carrito burdo i primitivo asciende desde la playa, repleto de tientos, al paso tardo i grave de dos bueyes que guía Castillo con la misma blanda mansedumbre de las bestias. A ratos parece despertar azorado i anima a la yunta con gritos estriden-

tes que repercuten en la falda de los cerros.

—*Final! Prencipio!*

Alguna vez se me antoja que estos dos nombres son un símbolo de su vida de soldado, terminada en los extremos por estas dos efijies bovinas de la estupidez i de la resignacion.

El carro sube trabajosamente por una línea tortuosa i a medio derruir, que fué construida hace mucho tiempo para trasportar los cañones grandes. Arriba, los demas soldados lo descargan i llevan al hombro los recipientes hasta el baño de mi capitán.

Este, a trueque de no cruzar la bahía, ni en el vaporcito que hace la ronda cuotidiana por los fuertes, pre-

fiere ir a la ciudad en un mal caballejo i con unos arreos inverosímiles, lo que naturalmente desata su cólera, aun ántes de montar.

Ayer dió órden para que le alista sen la cabalgadura. Andaba suelta por los cerros i el soldado Carrasco se demoró en cojerla.

Mi capitan zapateaba de rabia i desde que lo tuvo al alcance de la voz, lo aturdió a gritos e injurias.

—Pedazo de bruto! imbécil! no he visto nunca bestias como Uds...

Peor fué todavía cuando el pingo estuvo ensillado. Al subir se cortó una acion i por un instante manoteó en el aire con ridículos ademanes.

—Salvaje! bestia! ¿no viste esta

correa? i estas cinchas? i estas cabezadas? Cien mil palos eran pocos para tíl...

I esgrimiendo la misma acion le dió de chicotazos al soldado, un infeliz que se retorcia como una culebra, llorando a cada golpe i suplicando al jefe. Este parecia ciego i los azotes menudeaban i caian por todas partes, marcando en la chaqueta de brin huellas que se entrecruzaban. Por fin se detuvo, cuando vió que corria la sangre de la cabeza, destrozada por la hebilla.

Mi capitán es un varón fuerte i justo. Despues del condigno castigo, apareció la piedad, tal como aparece

el sol despues de la tormenta furiosa.

El astro deja caer sus rayos benéficos sobre el aporreado, i ordena llamar al practicante.

Solícito, inquieto como siempre, llega Contreras con el kepí torcido i la casaca desabotonada, mirando con nervioso parpadeo, en su afan de adivinar el pensamiento del superior.

—Vea que tiene ese individuo— ordena—miéntras se acomoda en la montura.

De un salto Contreras se apodera del infeliz como de cosa que le pertenece. Lo palpa, lo hace jirar rápidamente, le hurga la herida con los dedos, i en tanto que mi capitán se aleja

sin volver la cabeza, se desborda su pedantería llena de terminachos i tecnicismos. Va aclarando con aire de convencimiento:

—La epidérmis... la dérmis... contusion... hemorragia...

Mi capitan se va tranquilamente, i ántes que suba el primer repecho del sendero, le oimos entonar una cancion:

Un imposible me mata,
por un imposible muero...

Sereno, despreocupado, recreando talvez la vista en la dulzura del paisaje, sigue camino del pueblo. A través de la quietud del crepúsculo, se

propagan las notas agudas del cantar
plebeyo:

imposible es que consiga
el imposible que quiero!

VII

Hoi vinieron a ver a mi capitan algunos amigos, i despues de almuerzo, resolvió ir con ellos a hacer onces en la playa.

No es estraño, porque los oficiales son estremadamente atentos con los civiles que los visitan. En presencia de ellos, por tácito acuerdo, parecen olvidar sus rencillas i se trasforman en personas distinguidas i casi finas,

consiguiendo proporcionar al forastero una apariencia de buen tono i de afectuosa camaradería que está mui léjos de ser sincera.

En la intimidad reaparecen los tipos al natural: afables i caballerescos los ménos; los mas, huraños, groseros, desbordantes de una envidia maligna que se manifiesta en eternas diatribas contra los compañeros o los jefes, a quienes los oficiales jóvenes consideran casi siempre ineptos.

En cambio, no se preocupan de la vida civil; política, ciencias, artes, les son indiferentes i casi absolutamente desconocidas. Tienen un solemne desden por todo eso, el cual naturalmente alcanza a los paisanos,

a esa casta inferior que no lleva charote, ni galones i cuyo traje deben vestir, por disposicion jerárquica cada vez que concurren a sitios poco distinguidos o de dudosa moralidad, lo que podria dar a entender que los militares llevan la moralidad en el uniforme solamente.

El desprecio baja jerárquicamente tambien. Cuando un sarjento cualquiera desea zaherir al conscripto, le increpa:

—Eso está bien en un paisano, pero nó en un soldado!...

Volviendo a mi capitan, dispuso bajar en el carrito, donde se embarcaron al mismo tiempo numerosas vi-

tuallas i líquido en abundancia. Sobre todo, líquido.

La línea férrea tuvo que aprovechar las condiciones del terreno i se estiende a lo largo de quebradas i terraplenes formando muchas curvas i revueltas peligrosas. En algunas partes, ya por la vetustez de la construccion o por la falta de gradiente, hai que empujar a pulso el carro—i por esto van siempre algunos soldados—pero despues sigue con creciente velocidad que una mala palanca regula.

Mi capitan, con el rostro colorado i los ojos mui vivaces, lo dejaba correr con vertijinosa rapidez, gozoso del espanto de los amigos. Uno de

ellos, en particular, gritaba desaforadamente, con chillidos agudos i nerviosos.

—Cobarde este Subiabrel ¿no ves que si volcamos la muerte será instantánea?

En la playa se instalaron debajo de la ramada que protege al *Marieta* contra el sol. Se tendió un mantel i encima se esparcieron los pollos fiambres, conservas, vino i cerveza en gran cantidad.

Disfrutaron toda la tarde.

Uno de ellos era sportman i la conversacion se hizo lujosa de hazañas i aventuras. Como álguien dudara de sus cualidades natatorias, se dispuso a echarse al agua inmediatamente

para atravesar la bahía a nado. Costó trabajo contenerlo cuando ya estaba a medio desvestir. Pero, en cambio, quiso probar su inerrable puntería. Salieron a relucir los revólvers i durante un buen tiempo los proyectiles acribillaron las olas en medio de la ironía de las gaviotas inmunes. Se culpó a la mala calidad de las armas i se hizo traer rifles i municion del fuerte, sin que mejorara el resultado. No se dispararon los cañones de 28 por temor al estampido.

El condomio no fué tan rebelde. Todos engullian satisfechos, de mui buen humor, sazonzando las onces con el relato de chascarrillos i lances amorosos, riendo con estrépito cuan-

do resultaba que otro conocía también a la mujer de quien se hablaba.

—Rosa, la del lunar? Ja, ja, ja! qué formas, amigos! ja, ja, ja...!

—Pero este capitán es un diablo!

—I casado! qué ejemplo para nosotros!

—Pero ¡caramba! entónces estoi condenado a comer siempre del mismo guiso? Al fin empalaga!

Hasta en medio de la algazara, mi teniente no olvida el servicio. Así fué que aquí se levantó, escusándose:

—Con permiso... una órden... vuelvo en seguida.

Cerca de allí estaban los soldados que trajeron las cabalgaduras de los amigos, sentados a la sombra del mue-

lle i entretenidos en sabroso *pelambre*, delito penado por la ordenanza.

—Todo para los oficiales i para nosotros, ni agua.

—Podian mandarnos una botellita, siquiera.

El soldado Lara, un moceton de cabeza grande i cuello de toro, de aire reconcentrado, espuso con voz sorda:

—Mi capitan es un perro i nosotros unos cobardes! Pero si me vuelve a pegar, juro que lo aguaito una noche i le largo un tiro... ¡por mi madre, lo juro!

La francachela iba a concluir debajo de la ramada.

—Traigan los caballos! gritó mi capitan.

Todavía una última copa rebosante, i despues de las despedidas, los amigos se fueron por el camino de la playa. A continuacion, el superior, dirijiéndose a nosotros, dijo con menosprecio, señalando los restos:

—Acaben con eso.

Se volvió para dar una órden i todos se echaron encima, voraces.

—Pon los bueyes al carro, Chamorro.

—No han llegado, mi capitán.

Quedó estupefacto, con la gorra al soslayo i el cuerpo balanceante. Se puso carmesí. Hacia esfuerzos por mantenerse firme. Los ojillos le brillaban iracundos.

—¿Cómo que no han llegado?

—Nó, mi capitan.

—Pero ese 1.º Canales es un asno tambien... todos son iguales aquí, tropa de borricos! Le dije que mandara a Castillo a las 6.

Hizo un ademan violento i anduvo algunos pasos.

Los tres soldados arramblaron con los despojos i huyeron como ratas, fuera de su alcance.

Se detuvo i de nuevo interrogó a Chamorro:

—De modo que tendré que subir a pié?

Perfectamente cuadrado en su presencia, el artillero sobrecojido i confuso, no hallaba la respuesta.

Se arregló la gorra i en tanto que

se desahogaba blasfemando contra todos esos canallas, el oficial emprendió la marcha cerro arriba, tambaleándose i dando traspiés en las piedras del ágrío camino.

Caía la tarde i por allá, encima de la península, el sol enormemente agrandado i rojo, se iba velando poco a poco entre las nieblas. Las aguas de la bahía aparecían cubiertas de tintes bermejos.

Trepando por una senda ignorada, encontré a mi teniente Rubilar en su postura favorita: sentado en una piedra i con la cara entre las manos.

¿Qué haría allí?...

VIII

Junto al mar, volvemos a encontrarnos con mi teniente. Está alegre como un chiquillo.

—Sabe remar, Fernández?

—Sí, mi teniente.

—Embarquémosnos entónces; vamos a probar la vela nueva.

Allí cerca, zarandeado por el oleaje, se distingue su bote con la quilla blanca, recién pintada, en la cual re-

salta el nombre con negros caracteres: *Marieta*.

—Atraca, Vásquez—grita el oficial.

Vásquez es el pescador del fuerte. Tiene unas patillas ralas, algo rojizas; sus ojos son azules i a la sombra de su chupalla de alas estendidas, miran con diáfana inocencia, como los de un niño. Anda descalzo, i sus vestidos, a fuerza de salpicaduras, han tomado un tinte verde marino. Es de una sencilla humildad; habla con frases cortas i voz contrita i siempre está dispuesto a acceder a cuanto le piden. Conoce la bahía mejor que su casucha del rincon de los cerros.

Vásquez dirige el timon, sorteando

los escollos que sobresalen aquí o allá i los mantos de huiros flotantes, miéntras los dos con el cabo Chamo-morro, ex-marinero del «O'Higgins», nos doblamos sobre los remos.

Mi teniente trajo dos botellas de vino que dejó bajo el asiento, i habla con satisfaccion, entusiasmado con los últimos reparos de su barca. Hace observaciones sobre el mar o el viento, interrogando a Vásquez sobre todo lo que divisa.

—Tendremos viento, Vásquez?

El pescador mira hácia atras con ojos escrutadores. Se vuelve despues.

—Sí, señor; allí viene una brisa poca, pero luego saltará la travesía...

todas las tardes sopla desde afuera.

—I cómo conoces que viene el viento?

—La mar se encrespa, señor.

—I podremos armar la vela?

—Si, señor.

Trascurre un rato en silencio, durante el cual avanzamos con fuertes remadas.

Mi teniente interroga otra vez:

—Qué es aquello, Vásquez? Allá .. señala con el brazo estendido.

El timonel inquiere de nuevo, complaciente.

—Un torpedero, señor.

El viento arrecia en efecto i empieza a soplar constante.

—Ahora, niños! armemos la vela.

Detenemos los remos en tanto que el pescador iza un foque de tela blanca, triangular. El bote da una cabezada i avanza gallardo, graciosamente inclinado un poquito.

—Pásame la escota, yo la manejaré.

—Sí, señor; pero si tira mucho, el viento nos pilla atravesados i nos da vuelta.

—No haya temor. I ahora ¿a dónde vamos?

Como todos callan, él mismo resuelve por fin.

—A Lirquen. ¿Cuál es la caleta, Vasquez?

—Aquella, señor, donde se ven las chimeneas.

—I alcanzaremos a volver?

—Sí, señor.

—Bueno. Echen un trago.

La botella corre de mano en mano i es objeto de complaciente solicitud.

—Dónde aprendió a remar, Fernández?

—En un club de regatas, mi teniente.

Entre nosotros i la costa, cruza en el aire un bando inacabable de gavio-
tas, semejante a una larga cortina que
destacara su mancha blanca en el
fondo oscuro de los cerros. A su
flanco aletean de trecho en trecho
otros pájaros de color plomiciente, de
aspecto mas fuerte, con vuelo decidi-
do i audaz.

—Qué pájaros son esos, Vásquez?

El otro responde con su voz suave i resignada:

—Es la jente mala de la mar, señor: son salteadores... Cuando una gaviota pesca una sardina, el salteador se echa sobre ella i la obliga a sacarla del buche; si no, la mata... Es jente mala, señor.

El trapo se mantiene tenso i el *Marieta* surca jentilmente las ondas.

—Ha quedado bonito el *Marieta*, nó?

—Sí, señor. Nunca ha habido otro *Marieta* en estas aguas... Cuando fui a matricularlo en la Capitanía me preguntaron por qué le habian puesto ese nombre.

—Sí?

—Sí.

Mi teniente queda pensativo i no habla mas.

~~~~~



## IX

Es domingo, pero la gran distancia del pueblo i el aislamiento del fuerte hacen mui aburrida la ociosidad.

El soldado Martínez me invitó esta mañana.

—Amigo Fernández ¿vamos a echar una andadita? Lleguemos hasta el camino a lo ménos... Hai una vieja marrullera que nos convida chiquillas.



Un jesto picaresco resplandecía en la cara del conscripto.

Mi buena voluntad para contestar las cartas de todos, me ha valido estas pequeñas atenciones i me salva, así mismo, de muchas minucias del oficio.

—Bueno, pues, Martínez: vamos.

Anduvimos por el sendero orillado de pinos i castaños que da salida al fuerte i llegamos al camino real que se estiende por la cumbre de los cerros costaneros, parejo i limpio a causa de los continuos vientos.

Allí cerca, a la orilla de la carretera, estaba el rancho con una especie de corredor al frente; debajo, apa-



recia una mujer entrada en años, gorda, de cara socarrona.

—Buenos días, ña Ignacia.

—Buenos los tenga, señor.

—I ño Justo?

Volviéndose a mí, aclaró con malicia:

—Esta señora es mui diabla... le pega al marido... a veces lo deja medio muerto.

—Nó, señor; no esté ponderando... El me pega i me deja tendida en el suelo... despues se arranca i no le merezco ni un garrotazo en la cabeza, siquiera...

De su boca sin dientes caía una risa destemplada.

Sentados en el corredor nos bebi-



mos una botella de cerveza, mirando al camino melancólico por donde pasa de cuando en cuando un arriero o un viandante solitario.

Regresamos despues, desfallecientes i tristonos, bajo el sol de medio dia que aclaraba las lomas, refulgiendo allí abajo, en la superficie azul de la mar.

Caminábamos lentos en el sopor del meridiano que pesaba sobre nosotros, mordidos por el tedio de esta vida mecánica, reglamentada hasta en los menores detalles, sin mas distracciones que las gracias chavacanas de alguna vieja montaraz.

Cuando llegamos al fuerte todo estaba en movimiento. Los soldados



corrian de aquí para allá armados de palas i azadones. Mi capitán daba órdenes enérgicas como en una jornada de guerra.

Se trataba de limpiar el bosque de pinos i dejarlo como un salón. Esa tarde vendría a visitar el recinto, una cuadrilla de veraneantes del próximo balneario.

La chusma se afanaba, i mi capitán pudo enfadarse dos o tres veces ántes de que estuviera concluido el trabajo. Mi teniente había salido i cerca de la hora del rancho lo distinguí por allá abajo, trepando despacio las laderas, con su eterno libro en la mano. Un día alcancé a ver el título: «Táctica de Maekel». Debe ser mui



difícil eso, a juzgar por lo poco que lee mi teniente i lo mucho que medita.

Cerca de las dos llegaron los excursionistas: una cabalgata compuesta de muchas niñas de abigarrados trajes i otros tantos jóvenes elegantes, montados en una recua de jamelgos flacos i a mal traer, que fué cuanto produjo una requisita minuciosa en el cuartel de policía i otros sitios.

Esto no fué óbice para que la cuerda del regocijo vibrase armoniosamente toda la tarde. Corria el ponche, las onces resultaban succulentas en su rápida improvisacion i la guitarra, en manos de algunas señoritas,



hacian estremecer el follaje de los pinos.

Mi capitan estaba como un caramelo. Se multiplicaba, atendia a ésta, tenia una frase galante para la otra, servia a la de mas allá, arrebatando el servicio de mano de los soldados... en fin, era un personaje completamente desconocido.

Vino despues la obligada visita a la fortificacion. Las barbetas, la santa bárbara, los cañones, todo fué minuciosamente revistado, comentado i alabado, i por último, en bullicioso grupo, se descendió en el carrito hasta la playa. I allí, a la vista del *Marieta* que se balanceaba grácil sobre



las ondas, no hubo mas que una exclamacion.

—¡A bogar!

Se hizo venir a Vásquez i a dos de nosotros para que remáramos, i empezó el embarque en tropel.

Mi teniente, dentro del *Marieta* atracado a la escala del muelle, ofrecia galante la mano. Ya habia algunas en el bote, cuando de pronto advirtieron:

—¡I la señora Amelia?... Señora Amelia: aquí, aquí!

Las señoritas rivalizaban artificialmente por hacerse gratas a la huésped.

La señora Amelia descendió con la perenne sonrisa de bondad que flore-



cia en su rostro, pero a punto de embarcarse la contuvo la voz del marido, autoritaria i dura.

—Primero deben ir las visitas i no hai sitio para todas.

La señora no respondió; acentuóse algo el sello dolorido, la sonrisa se hizo mas dulce i retornó, ascendiendo la escala en medio de un corto silencio embarazoso i pesado.

Volví el rostro. Mi teniente habia quedado tambien en suspenso. Se mordía los bigotes i le temblaba el párpado inferior del ojo derecho. Cuando subieron todos, saltó fuera del bote.

Nos doblamos sobre los remos i la pequeña embarcacion repleta de tra-



jes claros i bullente de risas i comentarios alegres, enderezó el rumbo mar adentro.

Desde léjos distinguíamos sobre el muelle la silueta del oficial i de la señora Amelia, altos, inmóviles, el uno junto al otro, destacándose con claridad sobre el horizonte del mar...

---



## X

En esta comedia tristona que vamos viviendo, el mar hace las veces del coro antiguo.

Cuando no sopla el viento i no zumban los jarales, ni jime el follaje de los árboles, parece que estos montes en cuya cumbre pulula un pequeño hormiguero humano, que todas estas soledades, yaciesen como muertas en la vacía quietud del tiempo.



Lo único que aparece vivo, imponente, en perpétua accion, es el mar informe i multiforme.

Desde temprano, apénas comienzan los ejercicios, yo lo observo en estas frias i sutiles mañanas autumnales. Ya sea que marche o me alinee tras de los cañones, siempre tengo ante mis ojos como una grata obsesion la onda multicolor, ora azul, ora verde, con reflejos de plata o negra como tinta, segun la hora i la luz. Dilátase a mi frente su infinita superficie i yo pienso en las vidas misteriosas i estrañas que se ajitan en su fondo; pienso en sus trájicos furores, en los barcos solitarios que navegan por distantes latitudes i en las remotas



playas que va una misma ola a besar.

A traves de la inmensa comba de su lecho, tumultuoso o bonancible, es el eterno mensajero de los continentes.

El mar! Por él se han construido estas moles de mampostería; para dominarlo se han traído estos cañones, irrisorios ante su pujanza; a causa suya se agruparon aquí estos soldados que por él viven i quizás mueran por él; él es, en fin, quien nos une con el resto de la tierra i quien nos llevará algun día...

Mi pensamiento se adelanta, se va, me conduce mui léjos... ¿Qué hará mi amiga?





## XI

Al fin ha llegado la carta que aguardaba. En medio de todas supe distinguirla i el corazon me dió un vuelco. Angustiosamente tenia puestas en ella mis últimas esperanzas. Ahora deben disiparse. De todo aquel pasado esplendoroso no me queda mas realidad que el recuerdo de su cuerpo de diosa, de sus ojos negros, de su cabello leonado con reflejos de



ámbar... En fin, malas noticias que me han dejado bien triste.

Se me antojan de una melancolía desesperante estas sierras inhospitarias. El mar no se ve; lo cubren por completo densas nubes grises. El cielo está entoldado.

¡Qué absurda es esta vida! Aquí todo resulta inverosímil; las ideas mas concretas, los conceptos mas sólidos bambolean i se derrumban. Nada resiste al socavamiento de algo que llaman disciplina i por obra de la cual todo hombre que consiente en enfundarse el uniforme, deja de ser alguién para convertirse en una cosa. Nadie tiene la mas lijera noción de lo que es una individualidad i una



conciencia, i ni sospechan siquiera que la educacion consiste justamente en el libre desarrollo de ámbas, como nos lo enseñaba el profesor de lójica. Hasta el cerebro se petrifica, i parece que las ideas, torpes i rastreras, necesitan tambien la voz de mando para surgir: a la derecha! a la izquierda!

En todos los rostros se nota el mismo sello de idiotez, de cansancio, de fatiga sin fin. Los soldados arrastran los pies, se mueven de mala gana i hasta las clases tienen que hacer esfuerzos para enfadarse.

La grosera brutalidad del capitan posee un dejo soñoliento, lerdo, bestial. Mi teniente, mas que nunca, aparece desmañado, como si desper-



tase a cada instante de un ensueño i acentúa mi conviccion de que ha caído por casualidad en medio de nosotros. Me dicen, sin embargo, que hace dos años, cuando llegó, no era así.

Nadie se libra. Acabo de ver pasar por mi lado a la señora Amelia. La misma actitud fatigosa en el cuerpo esbelto; las facciones doloridas i los ojos celestes, húmedos i dulces, perdidos delante de ella quién sabe en qué vaga añoranza.

¿Será que estamos todos tristes?  
¿Habremos dejado de vivir desde que entramos al cuartel?



## XII

Hoy ha sido un día de excepcional movimiento.

En la tarde el vapor de ronda trajo otros quince conscriptos. Aparecieron con aire embarazado, tímido, cargando auestas su equipo i armamento.

Desfilaron ante mí 1.º Canales, que hacia anotaciones en su libro, interrogándolos con voz breve, de ríjidas



entonaciones. Despues los envió a la cuadra i a poco nos reunimos en la barraca que sirve de comedor.

Es un galpon grande i destartalado; lo ilumina una lámpara de petróleo que no alcanza a disipar la sombra de los rincones.

Les preguntamos noticias de la ciudad. La mayor parte eran campesinos, gañanes arrancados a las faenas agrícolas, i no sabian contestar. A su turno nos averiguaban detalles sobre la vida en el fuerte, sobre los oficiales, etc.

—A qué hora es la diana?

—Aquí hai donde regodearse... la vida no puede ser mejor. Cada uno



se levanta cuando quiere i le llevan el desayuno a la cama.

Grandes carcajadas hacian retemblar el techo de zinc.

Otros daban detalles fabulosos sobre el capitan.

—Un santo... quiere a los soldados como hijos...

Tremenda bullanga acojia cada cuchufleta, miéntras los recién venidos sonreian estúpidamente, con aire incrédulo.

Los soldados son como niños grandes. Se entusiasman por futilidades o toman grande interés por alguna insignificancia; a veces se alegran con cualquier pretesto; mas a menudo muestran una pasividad de rebaño.



Despues la conversacion se fraccionó, se estimularon las simpatías, todos se pusieron mui alegres. Fuerza es confesar, sin embargo, que hubo algun aditamento a tamaño regocijo, pues a fin de festejar a los nuevos i lucir cuanto ántes las triquiñuelas milicianas, algunas *cutras*—tripas repletas de licor—introducidas subrepticamente en el fuerte, corrieron con sijilo de mano en mano.

Pero la velada no concluyó bien. En un extremo se oian voces airadas i comprimidas que fueron elevando el tono poco a poco. En balde intervinieron algunos con ánimo conciliatorio, llamando a un avenimiento, para no dar mal ejemplo a los reclu-



tas... Cuando nos alzamos de la mesa, los dos antagonistas se fueron a las manos.

Uno de ellos era el soldado Lara. De un golpe tendió a su adversario en el suelo i lo mantuvo allí, sujeto con una mano por el cuello.

Los demas trataron de apartarlos, pero fué inútil: ámbos estaban furiosos; mas, se aquietaron al instante cuando álguien previno:

—Mi capitan! viene mi capitan!

Entró echando a todas partes una mirada escrutadora; hubo un corto silencio i despues de toser para entornarse, dirijió la palabra a los que acababan de llegar, advirtiéndoles que debian disponerse a trabajar asídua-



mente—así dijo él—porque no quería admitir ociosos ni flojos; pues, si en las otras compañías no se progresaba, él sabía cumplir con su deber i no robarle los dineros al Estado.

Era tan hosca i ruda la voz, tan amenazante los ademanes, que los conscriptos, atemorizados, permanecían casi sin respirar.

Mientras me acostaba en mi litera superior, observé a Lara. Era un gigante; sin duda que podría matar a un hombre de un puñetazo. ¿Por qué, entónces se dejó pegar impasible por mi capitán? ¿Por qué?

¡Qué cosa tan espantosamente horrible es la disciplina!



### XIII

Yo habia cojido un pajarito con una pata herida; lo curé, le hice una jaula i se lo dí a Marietita, con quien me he hecho mui amigo. En los ratos de descanso ella me busca i sabe distinguirme entre todos.

María Antonieta tiene cuatro años i no alza una vara del suelo. Se parece mucho a su madre i es mui bonita: rubia, los ojos celestes, el rostro



pálido con tonos mates que las brisas salobres ni los vientos de la montaña han conseguido sonrosar. Tiene también de su madre el jesto de tristeza i la dulce espresion; es mui tímida, apocadita, sin la espontaneidad ni el ímpetu de todos los niños; cuando oye hablar fuerte tiritita i parece temerosa de todo. Su lenguaje posee todavía el adorable enrevesamiento infantil.

A menudo, cuando ella se apoya en mis rodillas, miéntras yo acaricio sus cabellos de oro, pienso con un dejo de tristeza:

—Pobre niñita, para quien las flores del primer sendero se truecan en espinas! Si fuera este un augurio del

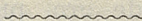


porvenir ¡qué duro seria el tuyo María Antonieta!

Me inclino para besar sus guedejas blondas; ella sonrie i jira hácia mí sus ojos cándidos, de una pureza infinita. Su manita de terciopelo se posa en mi cara i con inconsciente avidez de ternuras me interroga en su media lengua:

—Entónshes, tu me quieles?

Capullo de flor, boton de vida, qué temprano empiezas a nutrirte de amargura...!





#### XIV

Llueve. Contra el cielo húmedo i opaco que cubre todo el horizonte, la colina próxima destaca bruscamente su perfil como si detras de ella no hubiese mas que el inmenso espacio. Al traves de la sutil cortina de gasa que forma la lluvia, se adivina allá abajo el mar como muerto, debajo de la niebla.

Los ruidos ordinarios decrecen; los



rumores se amortiguan; sólo se escucha en el aire un flotante susurro, un ruidecillo sordo que invade el ánimo i concluye por hundir el espíritu en un sopor pesado i soñoliento. Sobre la monótona cadencia, el gotear de las techumbres resuena como una nota mas grave en la desfalleciente música del aguacero.

Por los flancos de los montes se escurre silenciosa el agua resbalando entre los intersticios de las lomas. Las plantas aparecen encojidas, yertas, sin un vaiven bajo el tamborileo delicado que repercute sin cesar en sus hojas carnudas i lustrosas, de cuyos extremos penden gotitas cristali-



nas. Un pajarito mojado i entumido salta torpemente en la esplanada.

Parece que la vida entera se hubiese estagnado un instante i la tierra estuviera de duelo ante la pesadumbre del cielo que vierte el llanto de su tristeza...

Se han suspendido los ejercicios.

Hace frio i los conscriptos permanecen hacinados en los rincones del galpon de zinc para comunicarse el calor de sus cuerpos. Otros, pusilánimes i adormilados, tiritan bajo sus vestiduras de brin, contraídos los brazos i las manos en los bolsillos. Aparecen estáticos en el vano de la puerta, mirando sin ver; los ojos turbios i vidriosos parecen rechazar las imájenes.



La perspectiva se esfuma en el confín lejano; la impresion de la realidad desaparece por grados i la fantasía se aprovecha para crear figuras arbitrarias sobre aquel fondo vago e indeciso.

Es el rincon amable i tibio de una sala; una viejita lee un libro junto al brasero... hai tambien una niña alta, esbelta i flexible, cubierta con una capa de colejiala... resuena en el alma una voz rica de inflexiones, unos ojos negros miran con intensa fijeza...

El desvarío se apodera de la mente i durante un rato se borra el fuerte, los conscriptos, el aguacero...

—En qué piensa, Fernández, tan absorto?



—Yo, señor?... no, nada, mi teniente... no sé.

El oficial me mira con benigna sonrisa. Diríase que una muda e indecible fraternidad le hace adivinar.



## XV

Los terrenos de la fortaleza sometidos a la jurisdiccion militar, son completamente despoblados, i dentro de sus límites no existen habitaciones ajenas.

Sólo hai una escepcion. A media falda de los cerros se levanta una vivienda miserable, un rancho que es propiedad del fuerte, sin embargo, donde vive un matrimonio mui an-



ciano que tiene a 'su lado dos o tres chiquillos que no son hijos suyos.

El se llama Jesus i ella, Jesus tambien. El es un viejo alto, un poco encorvado, enjuto i duro aun; sus cabellos son blancos i caen hácia atras en melena profusa; su barba tambien es nevada i larga, patriarcal. Viste un traje raído i se apoya en un baston nudoso.

Ella es pequeña, desmirriada, mísera; sus manos huesosas i temblonas salen de las mangas como dos ramas secas de un árbol; lleva la cabeza atada con un pañuelo de grandes cuadros por debajo del cual se escapan algunas crenchas retorcidas i ás-



peras, de color ceniciento; sus ojillos lagrimean.

Nadie sabe cómo han venido a establecerse aquí. Parece que un comandante anterior les cedió la casa i algunos retazos aprovechables de terreno para que lo cultivaran a medias con él. Con gran trabajo los Jesuses desbrozaron el campo para plantar diversas semillas con cuyo producto confiaron vivir el próximo invierno.

Las siembras fueron prósperas.

A flor de tierra se encrespó el follaje de los porotos; las plantas de maiz irguiéronse con aire de mocitos petulantes, vibrando regocijadas al beso de las ventoleras.



Pasó el tiempo. Los Jesuses se consideraron dueños de aquel campo que fructificara bajo su esfuerzo; pero ahora acaba de llegar una órden para desalojar inmediatamente a todo individuo extraño al servicio, que viva dentro del márjen de las fortificaciones.

Hoi hacíamos ejercicios en la esplanada con unas piezas de montaña de 9 centímetros, cuando aparecieron los dos viejos, preguntando por su merced, el señor oficial. Estaba allí cerca, vijilando las maniobras, i ámbos se encaminaron a él, el viejo con el sombrero en la mano, descubiertas las canas que enmarañaba el viento; la viejita insignificante junto al marido.



Espusieron su situacion.

Mi capitan, afianzado sobre sus piernas abiertas, las manos a la espalda, preguntó:

—Cómo se llama Ud?

El viejo miró a su mujer con jesto de consulta, temeroso. Fué ella quien repuso con voz cascada:

—Se llama Jesus Narváez, su merced.

I como para esplicar su intromision, adujo:

—Es sordo, su merced.

Al oir esto, sulfuróse mi capitan que lo interrogó desde entónces a gritos, con su voz tonante i gruesa. Por último, hubo de concluir resueltamente:



—No sé, señor: la consigna es esa i Ud. se manda cambiar.

Daba lástima ver al viejo atento para adivinar el significado de las frases i sin conseguirlo, inclinarse a su mujer a fin de acercar el oído.

Humildes, angustiosos, lloriqueando, alegaban que no tenían a dónde irse ni con qué trasportar sus bártulos; que las siembras eran lo único que poseían para vivir, que iban a morirse de hambre.

Su merced permanecía inflexible; la órden se cumple a tuertas o a derechas i si no tenían a dónde irse, se quedaban en el camino.

—Pero, su merced, es una injusticia... arguyó Jesus, limpiándose las



lágrimas que se filtraban en su barba rústica.

Aquí fué la buena.

—Cómo es eso! Ud. se permite juzgar a los superiores, viejo insolente? Se manda cambiar mañana mismo i reviente si quiere... a mi no me importa nada! Retírese de mi presencia.

Todas las súplicas fueron inútiles. La vieja llegó a arrodillarse delante de él, pero el capitan le dió vuelta la espalda.

Los dos ancianos se alejaron por la esplanada, bajo la lumbre tristona de un sol de invierno. La mujer, con los ojos arrasados por las lágrimas, tropezaba a cada instante en los pe-



druscos i todo su cuerpo flaco i débil se estremecía con las sacudidas. El hombre caminaba vacilante, un poco mas encorvado. Se le habia olvidado ponerse el sombrero i lo conservaba en la mano.



## XVI

Ave agorera del final del mes, Ña Ignacia ronda felinamente desde hace dias al rededor del fuerte. Es que la fecha de la revista de comisario pasó, i no hai ni señales del sueldo.

La mayor parte de la tropa ha pedido al fiado en su casa, de acuerdo con una vieja usanza miliciana. La misma práctica tambien, la hace conformarse ahora con promesas de pago



para un futuro incierto, sazonadas con quejas i juramentos proferidos en comun, contra la mala administracion.

El atraso del pago es el único motivo capaz de hacer salir a los soldados de la profunda i soñolienta apatía en que yacen constantemente. Esta existencia vejetativa i mecánica mata en los individuos toda la vida del espíritu para dejar subsistentes solo los instintos animales.

Nada les interesa ni les preocupa; no reflexionan, no piensan, no imaginan cosa alguna; las vácuas horas de sus días se rellenan por completo con las obligaciones militares que los persiguen aun en los ratos de descanso,



cuando la pereza los tumba en cualquier parte, pasivos i torpes. Sólo de tarde en tarde logra disipar la murria alguna protesta sorda promovida por un castigo demasiado duro, las quejas contra el rancho o los preparativos de algun proyecto escabroso i lejano para despues del pago que tanto demora....

Bruscamente, se rompe la continuada espera con el arribo de mi mayor Barté que, sin prévio anuncio, llega por la mañana en compañía del Contador.

Por un instante parece que el fantasma de la locura cruzara por la esplanada, tales son las cabriolas, chistes i comentarios que estallan por



todas partes. Ante los ojos de la tropa se extiende una deleitable perspectiva de rostros arrebolados i faldas claras, estremecidas por el zangoloteo de la cueca bullanguera que alegra los corazones...

Mi mayor es uno de los oficiales jóvenes mejor reputados del Ejército. Ha hecho estudios especiales en Alemania durante algunos años i a su vuelta ha escrito varios folletos técnicos.

Es rubio, un poco cargado de espaldas; habla con lentitud, cortando las frases i acentuando las palabras de un modo especial, como el de un jermano que hubiese aprendido nuestro idioma.



Avanza hácia los edificios i pregunta por mi capitan. Hai un silencio de consternacion jeneral: mi capitan no ha regresado todavía del pueblo.

Entónces hace llamar a mi teniente; conversan un rato i recorren juntos la fortaleza i sus dependencias.

Estoi de guardia en el teléfono, al lado de la oficina, i me entero de la entrevista, cuando una hora despues, llega mi capitan bastante azorado.

Se estrechan las manos i mi jefe, erguido i correcto, da cuenta oficialmente:

—Presente, mi mayor; sin novedad en la batería.



—No estaba Ud. en el fuerte, capitán.

Una oleada de púrpura le sube al rostro i responde con cortedad:

—Nó, señor.

—Pero Ud. no tenia autorizacion para salir de él.

—Una dilijencia urgente, mi mayor; no creí demorarme.

—Se quedará Ud. ocho dias arrestado.

—Está bien, mi mayor.

Ambos saludan militarmente; luego cambia el tono de voz i sigue una charla amistosa como si nada hubiera pasado entre ellos.

Mi mayor espone:

—He venido a ver un punto de la



playa para estudiar la ubicacion de una batería rasante i un depósito de minas. ¿Uds. tienen un bote, no es esto?

—Sí, señor.

—En marcha, entónces. Que nos acompañen algunos remeros. Dejaremos la revista para la tarde.

Salen i mi capitán imparte algunas órdenes:

—Aliste Ud. la tropa, teniente Rubilar. La revista de comisario se pasará a las 2. Disponga que algunos remeros bajen a la playa.

Me relevan i soi del número, con gran complacencia, pues así me libraré de la enojosa lectura de la Ordenanza—de rigor ántes del pago—



donde todos los delitos i faltas tienen un solo i único castigo: «será pasado por las armas», «será fusilado», «sufrirá pena de muerte», «sufrirá pena de la vida», contradictorias frases que no me esplico cómo han venido a producir efectos iguales: cuatro tiros.

Abajo nos embarcamos a bordo del *Marieta* para bogar en direccion a Quebrada Honda. Los oficiales conversan durante el trayecto:

—¿Se trata de aumentar la defensa de la plaza, mi mayor?

—Natural! Si todo lo que existe no sirve para nada!

—No sé cómo hai quien blasone de ingeniero militar despues de ha-



ber construido estas obras—con vago ademán señala sucesivamente los distintos fuertes.—Cuando estuve en Wilhelmshaven.... ¡aquéllas sí que son fortalezas! Este?... es un puerto desguarnecido..... Por fortuna, tendremos poco que hacer aquí, si se declara la guerra.

—Mi capitán pega un brinco.

—¿Hai probabilidades?—interroga con viveza, los ojos resplandecientes.

Todos escuchamos con avidez.

—Pero, hombre ¿en qué mundo viven Uds? ¿no leen los diarios?

—Nó, señor; no llega ninguno.

—Entónces ¿no saben que se han roto las relaciones con el Perú? La



guerra debió haberse declarado ya, pero con nuestros hombres de gobierno, no hai forma; todo ha de arreglarse i acabará en nada—concluye con amargo despecho.

Tras una pausa, continúa:

—Siempre lo he dicho: en Chile debería existir una dictadura militar... algo así como la de Porfirio Diaz en Méjico, i habria que ver, entónces! Empezaríamos por limpiar esto, destacando a la isla de Pascua un ciento de esos políticos que se meten en todo i hacen cada desatino...  
Vea Ud...

Con rabia empezó a enumerar nuestra falta de preparativos militares.

—La escuadra parece el muestra-



rio de un museo de antigüedades... coleccion de vejestorios inútiles! I en el Congreso se entretienen todavía en discutir si se compran o nó se compran naves... En el ejército no hemos ensayado nunca una movilizacion repentina i si existe algun plan de ella, el enemigo lo conoce mejor que nosotros... la artillería no sirve para nada; cada rejimiento tiene un modelo distinto, contemporáneo del año uno... no hai suficientes fusiles, ni vestuarios, ni servicios de ambulancia, ni nada para el caso de un zafarrancho... De material moderno: submarinos, telegrafía Marconi, dirigibles, etc., no hai ni noticias...

I despues vendrán a hablarnos del



valor de los chilenos i del patriotismo i de los ejemplos gloriosos del pasado, como si las guerras de ahora fueran iguales a las de la edad media...

Llegábamos al término del viaje i los dos desembarcaron, siguiendo a pié por la playa. Desde léjos veíamos a mi mayor Barté accionar enérgicamente.

Regresamos a punto para el rancho i a la hora fijada tuvo lugar la revista.

Nos hicieron formar en columna de a uno, i tres pasos delante de la mesa donde estaban sentados el Contador i el Jefe, se detuvo la fila marcando el paso.



El funcionario empezó a llamar a los individuos por su nombre solamente.

—Calisto?

El primer recluta avanzó los tres pasos i jirando la cabeza a la derecha, lanzó su apellido como un disparo:

—Aránguiz!

Recuperó su posicion i marchó de frente para ir a detenerse veinte pasos mas allá, despues de dar media vuelta.

Seguia el otro.

—David?

La misma maniobra e igual disparo:

—Canáles!

—Alfonso?



—Carreño!

—Manuel?

—Donoso!

Desfilamos todos, uno por uno, constatando la efectividad de nuestra presencia, tras de lo cual se dió por concluida la revista.

Despues vino el pago, operacion compleja i dificil, pues debajo de cada casaca de artillero reaparecia el campesino suspicaz i desconfiado, cuyo precio habia que ratificar minuciosamente i aun no era bastante, porque muchos se iban sacando cuentas con los dedos o venian a consultarme, puesto que yo era el mas *sabido*.

Por la tarde hubo puerta franca; pero la diana del próximo amanecer



encontró las casetas semi-vacias i la lista resultó un desastre: faltaba la mayor parte.

Durante el día empezaron a llegar algunos con los trajes desgarrados, sucios, la cara lívida por la trasnochada i la borrachera. Junto con ellos se esparció el rumor de grandes bolinas en el pueblo: reyertas con la policía, riñas... en fin, un escándalo.

Los denuestos de mi capitán no son para escritos, ni eran para sufridos los planazos que repartía pródigamente sobre las espaldas o las cabezas de los retrasados.

Fué una comision a recojer faltos



i por la tarde volvió empujando delante de ella un verdadero rebaño de lastimosa apariencia.

Todos sabian que les aguardaban terribles castigos, pero el fatalismo de la raza podia mas que cualquiera otra consideracion, i los daban por bien recibidos a trueque de un rato de placer.

—El dolor se pasa i el gusto queda  
—esplicaba resignadamente uno de ellos.

En el paroxismo de la cólera, mi capitan ordenó un cepo de campaña jeneral.

Al dia siguiente una larga fila de hombres soportaba en la esplanada el



brutal castigo. Permanecían en cuclillas encima de las estrechas cajas de municiones, con las manos atadas abrazándose las piernas i con un rifle introducido como una cuña entre los codos i las corvas.

Los infelices ponían en juego toda su enerjía para resistir, pero era en balde: a los pocos minutos el rostro se congestionaba, las arterias del cuello i de la frente se distendían hasta adquirir el grosor de un dedo; escupían a cada instante una saliva viscosa, hasta que un quejido arrancado del fondo de las entrañas, ronco como un estertor agónico, anunciaba el fin de la humana resistencia i los



hombres caían de bruces, destrozándose la indefensa cara contra el suelo...

A pesar de todo, sucedía lo mismo cada mes.



## XVII

No hallo que hacerme de gusto  
la vez que merezco el verte;  
no sé de donde me nace  
la inclinacion a quererte...

Canta una robusta voz de barítono.  
Otra vocecilla aflautada surge de  
pronto i repiten a duo el estribillo:

la inclinacion a quererte!

Desde hace poco está aquí mi te-



niente Zamora que ejerce no sé qué autoridad sobre los cañones i sus accesorios. Ha resultado un fuerte competidor, no sólo del lirismo de mi capitán sino también de su habilidad ciclista. Trajo bicicleta i ámbos rivalizan en desaforadas carreras por los caminos.

Ultimamente no ha habido ni un castigo.

Mi teniente Zamora es chico, con un cuerpo de curvas abultadas i redonditas, el cabello partido al medio i todo lo habla con zeta. Es mui bueno con la tropa, según dicen.

Alegrados por las canciones i los episodios del campeonato, han trascurrido algunos días. De repente ce-



saron las tonadas i las escursiones, quién sabe por qué.

Ahora vemos a menudo al oficial visitante pasear con mi teniente Rubilar, conversando afables, a veces serios, como si trataran asuntos de importancia.

No por eso se descuidan las obligaciones militares i la instruccion sigue adelante. Ya falta escaso tiempo para concluir el curso.

Mi teniente Zamora presencia en ocasiones los ejercicios. Hoi, por ejemplo, vino a las 2, cuando íbamos a empezar la instruccion del telémetro. Somos unos cuantos apénas los que asistimos a esta clase.

Primero, los dos comprobaron el



anteojo, observando los caseríos de la costa, la península, los buques lejanos anclados en el puerto. Nosotros nos dispersamos por allí cerca.

Después se engolfaron en amigable charla de la cual yo no alcanzaba a percibir sino algunos retazos que el viento traía hasta mí.

—Parece mentira— era la voz de mi teniente Zamora—sin verlo, no lo hubiera creído!

—Si esto es un infierno! A veces me desespero.

—Realmente, es muy bruto.

—I lo que tú has visto no es nada! Me ha costado esfuerzos sobrehumanos no pelear con él... por fin he tenido que solicitar mi traslado.



—Mejor. Debe ser imposible vivir aquí—hubo una pausa mientras hacia jirar distraidamente el anteojito. En fin, nosotros tenemos el recurso del traslado, pero la señora Amelia... ¡Cómo la compadezco! Es un ángel—adujo persuadido.

—Sí, es un ángel... sin duda.

Ambos quedaron pensativos, con la vista perdida en las anfractuosidades de la costa.

Al rato se irguió mi teniente, como si volviera de un mundo lejano. Suspiró i se arregló la gorra.

—A ver ¡aquí los conscriptos!



## XVIII

Supimos no hace mucho que el período de instruccion concluirá con una gran revista próxima.

La noticia produjo el efecto de un viento que hubiese disipado de pronto el mal humor, el aburrimiento, la dejadez de todos. El fuerte cobró nueva animacion. Los conscriptos corrían ájiles al primer llamado, los ejercicios resultaban enérgicos i rapi-



dísimos. En todos los semblantes se veía un aire satisfecho; hasta mi capitán, con no poco asombro, pronunció un «bien» al final de un simulacro de tiro con los cañones grandes.

Por todas partes, en los ratos de descanso, se oyen voces que conversan de la tierra, de la casa, de la familia, i a todos se les ríe la cara pensando en la vuelta. A menudo resueñan chascarrillos i frases ingeniosas, i no sé hasta qué punto influyen en esto tambien los aires vivificantes de la nueva primavera, el contento de la naturaleza que reverdece, la alegría del sol.

Solo yo—¿lo diré?—tengo miedo del regreso i cada vez que pienso en ello,



siento angustia en el corazon. No sé qué me aguarda allá ni estoy seguro de mi mismo. Me digo que no debo pensar mas en la estrellita que por un tiempo me alumbró la vida, que es la mia una obstinacion sin objeto; pero su recuerdo me asalta a traicion, i a lo mejor me sorprende embebido con su imájen. Me reconozco cobarde i tengo miedo de que me miren severos, los ojos que ántes tenian siempre para mi una sonrisa de luz...

I, sin embargo, apesar del justificado regocijo que abrillanta súbitamente este vivir trabajoso i aporreado, se advierte a ratos en los conscriptos un dejo de tristeza. Quién sabe de qué modo la devanadera de



la vida va tejiendo su urdiembre al rededor de los hombres, que sentimos una cierta pena ante la separacion forzosa de todos los que durante un tiempo hemos vivido en comun el mismo jénero de existencia. Mañana o pasado deberemos escuchar el último: ¡retí... rarse! i cada uno se hundirá de nuevo en la ancha tierra i talvez no nos veremos nunca mas...

La dispersión parece que será completa. Mi teniente nos ha dicho que tambien se va, trasladado a otro comando.

Pero no parece contento con su nuevo destino. Los dias siguientes lo hemos visto mas taciturno, casi uraño i con su perpetuo aire de sonám-



bulo. No falta a ninguna de sus obligaciones, pero se diría que rehuye el fuerte. Apenas termina el servicio, se larga por las laderas mas inaccesibles, por los bosques mas enmarañados, para regresar sólo en la tarde. Todo el afecto que pudieran inspirarle estos sitios donde han trascurrido dos años de su existencia parece concentrarse en Marietita a quien acaricia de continuo mas tierna, mas suavemente que nunca.



## XIX

Es la hora santa del crepúsculo.  
Los tornasoles de las nubes se ensombrecen poco a poco; las aguas se tornan oscuras i tranquilas; una quietud religiosa i melancólica se abate sobre el mundo, llenando el paisaje de una humilde unción que hace mas intensa la armonia suprema de los seres i las cosas.

A esta hora me gusta estar solo.



Por lo jeneral voi a tenderme a la colina próxima donde permanecen a la intemperie cuatro cañones desmontados, sin otro amparo que una roja cubierta de azarcon que detona, como una llamarada, en el matiz uniforme de los cerros.

Tendido allí veo llegar la noche, en medio de la cual la punta de mi cigarro es como una luciérnaga brillante. I así como el humo se desvanece en la amplia serenidad del cielo, mi recuerdo i mi vivir se aniegan dulcemente en la nostalgia de una dicha ya estinguida.

En ella tambien pensaba hoi cuando he visto llegar a la señora Amelia i mi teniente. De ordinario, a las



oraciones, la señora Amelia pasea por la esplanada i a menudo él la acompaña con la niña en brazos. María Antonieta enlaza sus manos detras de la cabeza del oficial i así van hasta el parapeto. Allí se detienen, extasiados tal vez en la contemplacion del mar que se muestra allá abajo, infinito i misterioso con sus eternas resacas que limitan franjas de espumas. Mas léjos, el inmenso sol rojizo del atardecer empalidece lentamente, ántes de hundirse en el horizonte.

Por distraccion quizás han llegado hasta aquí, i miéntras mi teniente se aleja jugando con Marietita, la señora Amelia troncha una flor de cardo i se queda mucho rato mirándola.



¿Qué verán en su matiz las azules pupilas? Quizás hayan sabido encontrar una honda similitud entre su vida i la bella flor que aprisionan las espinas...

Me alejo a impulsos de una discrecion que es un homenaje hácia esta criatura.

Empiezan a despuntar las primeras estrellas, cuando retornan lentos, abstraídos, sin hablar. Mi teniente oprime en su mano la flor de cardo cuajada de espinas.

---



## XX

Desde hace dias cuadrillas de soldados trabajan empeñosamente en acicalar el fuerte hasta dejarlo como una niña bonita, segun la espresion de mi 1.º Canales. Ni una yerba cerca de la esplanada; los cañones relucientes como el resto de las armas; los edificios mismos muestran orgullosos en sus fachadas el nítido blanco de la cal.



No es tan sólo una apariencia vana; por el interior de las dispersas casuchas donde viven algunos individuos de tropa con sus mujeres o camaradas, ha pasado tambien una potente ráfaga de aseo.

Conviene demostrar que se cuida de la higiene i de la salubridad del campamento. Un enfermo podria ser un desprestijio.

I como nunca falta un percance, Segundina acaba de sufrir un accidente.

—Maldita!—barbotó iracundo mi capitán—¿no podria dejar su enfermedad para despues?... Que vaya Contreras i le dé un purgante ¡así reviente!



Con profundo asombro, Contreras se negó. Vino a presencia del oficial con su aire azorado i nervioso, simulando torpemente los ademanes militares, i espuso:

—Señor: no se puede.

—Yo no soi señor; soi capitán.

—Sí, mi capitán.

—I por qué no se puede?

Titubeaba, sin encontrar la palabra.

—Nó... no se puede, mi capitán... la paciente está mal...

—Déjese de farsanterías ¡caramba! ¿Qué tiene esa mujer?

—Mi capitán: tiene... está...

Con el aire de un hombre a quien se le atravesara una espina en la gar-



ganta, el pobre diablo se conjestionaba, sin hallar cómo decirlo.

—Dígalo de una vez, de cualquier modo.

—Está... está incómoda, mi capitán.

—Qué?

—Está incómoda, señor—ratificó, aclarando la idea con un ademán revelador, a despecho de la rigidez miliciana.

—Lo que faltaba! a buena hora se le ocurre!... ¿A dónde ha ido a parar la disciplina?

Pero no hubo remedio. Poco después la incomodidad llegaba al colmo, i en este valle de medias vueltas i cabos de escuadras, se oyó de pronto



el primer vajido de un niño, el grito de guerra de un nuevo campeón que entraba al palenque.

Esta indisciplina cuyo castigo no contempla la Ordenanza, ha venido a remover fuertemente la atención de los conscriptos que desfilan sin cesar por la casucha de la paciente—como la sigue llamando Contreras—para constatar la efectividad del hecho.

Pálida i exangüe, la mujer yace tendida en su camastro i saluda a cada visitante con una ténue sonrisa de gratitud en la que apunta una chispa de felicidad. Junto a ella se presume el cuerpo del delito, un grueso envoltorio de trapos de donde surjen lloros i penetrantes chillidos.



Alguien se cuadra militarmente frente a él i saluda con toda ceremonia:

—Presente, mi Comandante.

El nombre hace fortuna i durante el día «mi Comandante» es el tema obligado de todas las conversaciones.

Chamorro, que es el hechor, no ha podido inventar todavía su nueva cara de papá i contesta avergonzado las pullas de los camaradas, finjiendo no darle importancia al suceso.

—¡Qué hai, Chamorro, hombre? i el «Comandante»?

Se encoje de hombros con mentida displicencia.

—Ahí está eso... yo no sé, no tengo nada que ver...



Al final de la jornada cuotidiana, la vivienda se llena otra vez, a pesar de las protestas de Contreras i de sus afanosas precauciones.

—La paciente necesita tranquilidad; de otro modo yo no puedo responder... Fuera, fuera todos!

Sobre el fondo claro de la puerta aparece en este instante la señora Amelia que trae ropas para el novel miliciano i alimentos para la madre.

Su figura blanca i distinguida resalta en la densa penumbra del tabuco. Dirije a todos una sonrisa afaible i se aproxima al lecho.

—Animo, Segundita. ¿Cómo sigues?



—Bien, mi señora; muchas gracias—responde con voz débil.

—A ver la guagua!

Sus manos espertas cojen el envoltorio, lo palpa, lo observa i tras de una caricia, deposita de nuevo al niño junto a la madre.

—I cómo le vas a poner?

—Se llama «mi Comandante» señora—notifica Martínez con tono bromista.

La señora sonrie i su sonrisa parece un resplandor dentro del cuarto.





## XXI

Los ejercicios se repiten sin cesar, i a medida que se aproxima la revista una actividad febril se apodera de todos.

Las fortificaciones pasajeras i las de campaña han sido mi martirio. No sé cuantas zanjas i taludes hemos hecho. ¡Estoi reventado!

Las clases de teoría se multiplican, asimismo, provocando siempre



la cólera desbordante de mi capitan que atruena el espacio con sus voces, desesperado de la inutilidad de sus esfuerzos para incrustar en aquellos rudos cerebros de gañanes, las verdades científicas de la balística o la cuidada prevision de los servicios de seguridad.

Con la ayuda de Dios, tambien hemos salido de este trance i por fin ha llegado el gran dia.

Clareaba el alba por allá tierra adentro, cuando ya estábamos formados en la esplanada, limpios los trajes de brin, correctos, lucidos, soldados de línea, en una palabra—galanteria de mi 1.º Canales que nos ha puesto orgullosos.



Una hora larga empleó mi teniente ensayando formaciones i en alinear-nos con mayor exactitud que la de una regla, i otra hora mas larga aun tuvimos que esperar inmóviles el brillante cortejo que acompañaba a los oficiales superiores del rejimiento. Vino el señor jeneral Jefe de la Zona, el almirante que comanda el apostadero, mi coronel, mi comandante i muchos otros militares i marinos.

Bajo la comba azul del firmamento se difundia la luz del sol, vibrante i clara. La gloria del astro irradiaba en el cielo, en la tierra i en los mares su jocunda alegría. Estremecida ante su caricia tibia, la naturaleza entera estaba de fiesta tambien.



Empezó la revista. Primero, gimnasia, formaciones i manejo de armas de infantería; maniobramos despues con los cañones de 9, i por último hicimos un violento ejercicio de fuego con los dos mónstruos de 28, contra una escuadra enemiga que, de haber existido, habria sido seguramente derrotada.

A continuacion se examinaron los conocimientos teóricos de los reclutas i las preguntas obtuvieron correctas réplicas, hasta que por desgracia mi jeneral tuvo la funesta idea de interrogar a Castillo.

¡Pobrel Se le veia transpirar, congestionado en un esfuerzo supremo para salir airoso, pero fué inútil.



Aquello del nivel i de la trayectoria, no se habia hecho para Castillo jera demasiado rudo!

Mi capitan hubiera querido fulminarlo allí mismo. Mi jeneral, mas humano, sonrió bondadosamente i siguió adelante.

Enseguida nuestro jefe quiso mostrar a los suyos el recinto, recalcando con hábil destreza el esquisito aseo i las mejoras introducidas por él.

Pronto volvió hácia nosotros la numerosa comitiva que se agrupaba al rededor del jeneral.

Mi teniente mandó con voz sonora:

—Atencion! presenten... ar!

Se oyó un solo golpe seco i al mis-



mo tiempo arrancó de todos los fusiles un destello luminoso.

Mi coronel, gravemente, procedió a la crítica de la revista que dejaba mui satisfecha a la superioridad, terminando con una felicitacion a los señores oficiales, clases i soldados.

Se oyó un murmullo de asentimiento.

Avanzando tres pasos, mi capitan solicitó:

—Con permiso, mi coronel.

Al signo asequible, prévia consulta al señor jeneral, mi capitan se volvió a nosotros.

—Soldados! Un tiempo hemos servido juntos en aras de la patria; juntos hemos sobrellevado esta vida de



trabajos i sinsabores que no serán perdidos i que Chile sabrá agradecerlos cuando llegue la ocasion.

Pescadores i campesinos, hijos del mar i de esta noble tierra...»

Habló largo rato; nos hizo ver lo que constituia la nacion, los bienes que recibíamos de ella i los sacrificios que tenia el derecho de exigir de nosotros, para concluir, en un arranque que me pareció mui hermoso, pintando el magnífico porvenir que aguardaba a Chile cuando todos supiéramos cumplir con nuestro deber i consagrar el esfuerzo colectivo a esta augusta i santa mision.

Durante el discurso se me borraron todos los defectos del oficial, me



olvidé de los malos tratos, desaparecieron los sufrimientos, i miéntras permanecía con el arma al brazo delante del peloton de oficiales, serios i reconcentrados, me sentí vibrar con la evocacion potente de los dias venideros de este suelo piadoso, donde duermen para siempre mis mayores i donde viven mis mas hondos afectos: mi madre i... Iba a decir mi novia; pero es preciso una dolorosa correccion: mi madre i este cariño que se me aferra en el alma como si fuera parte de ella misma.

—Gracias, soldados, en nombre de Chile!—concluyó mi capitán. I ahora, por última vez: o por escuadras, con-



version a la derecha! de frente, paso regular, mar!

Mi jeneral, mi coronel i todos los demas permanecian erguidos, cuadrados, con la mano en la visera del kepi.

Mi capitan pasó a ocupar su puesto a la cabeza de la compañía i ésta desfiló arrogante por el frente del grupo de oficiales a quienes él saludó con la espada desnuda, solemnemente.

---



## XXII

Ha concluido el período de instrucción militar. Estoy a cubierto con la lei, pero no era éste el único propósito que me trajo al fuerte... El otro... no lo he conseguido ¡ai de mí!

I ahora que estoy próximo al regreso, su imájen no se aparta de mi mente i casi llego a pensar que Ella ha vuelto a ser el centro de mi existencia.



Recuerdo que en un viaje que hice con mi padre a la cordillera, ví por las noches las grandes fogatas a cuya orilla venian a guarecerse los pastores montañeses. I con ellos me comparo; me imagino que durante un tiempo he sido como esos solitarios, regocijándome junto al calorcito de su cariño, pero la hoguera se apagó i ahora siento otra vez mucho frio... Sin embargo, no puedo habituarme a esa idea i algo dentro de mi se apegadesesperadamente a aquellos recuerdos que permanecen indelebles en mi memoria. I cuando pienso que he de encontrarme con Ella i que cruzará junto a mí como al lado de un extraño, siento un miedo angustioso.



No he ganado nada con mi destierro voluntario en estas serranías. Quizás la soledad no haya hecho sino exasperar estos sentimientos i estos recuerdos, que han sido mis constantes compañeros en el vivac que estamos próximos a dejar.

La disciplinada animacion de éste parece dislocada i casi muerta. Ya no se oyen las continuas voces de mando cuyo enérgico són repercutia por todas partes. Los soldados revisan i arreglan su equipo, o dispersos en corrillos por aquí i por allá, se sumergen en comentarios sobre el regreso.

Se nota entre ellos mayor union i las amistades creadas durante este



tiempo parecen arrojar mas vivo su último destello. A la hora de almuerzo, Lara, desmañado i torpe con su gran cuerpo que no sabe manejar, se acercó a Torrealba para decirle con injénua sencillez:

—Hermano: no nos separemos peleados; olvidémoslo todo ¿quiere?

—Sí, hermano; olvidémoslo—repuso el otro jenerosamente, i nadie dijo nada i por un instante reinó el silencio.

He querido emplear la tarde recorriendo por última vez los dominios del fuerte. Bajé por las quebradas; un momento me detuve ante el rancho abandonado de los viejos cuyas siembras están muertas. Despues,



tendido en la playa, me hundí en la contemplacion del mar por mucho rato, como queriendo grabar para siempre su aspecto en mis ojos.

Me despedí tambien de mi amigo Rabiza.

—¿Se va, Fernández?

—Sí, Rabiza, nos vamos ya.

—Qué se le ha de hacer! Buen viaje, pues. ¡Cómo se pondrá de contenta su mamita al verlo!

—Rabiza: cuando vaya al pueblo, pase a mi casa.

—Ai, amigo! estoi cada vez mas viejo i ni siquiera voi a cobrar mi paga... me la trae Vásquez. Ya no saldré de aquí hasta que me lleven...



Con cansado ademan señaló el camino que serpentea a media falda de la montaña, en direccion al caserío del interior i al cementerio.

Fumamos un rato en silencio.

—Adios, Rabiza; acuérdesese alguna vez de mí, entónces.

—Sí, mi amigo; adios, pues.

Nos estrechamos la mano largamente i volví arriba porque se hacia tarde.

El sendero cruzaba por la colina de los cañones rojos i allí encontré a mi teniente Rubilar, sentado, con la cara oculta entre las manos. No la levantó al ruido de mis pasos. Hu-



biera querido decirle algo, pero no me 'atreví. Continué adelante hasta llegar a la esplanada que estaba llena de soldados listos para partir.

Todos miraban ansiosamente la bahía, siguiendo con la vista el vaporcito que surcaba el mar cuya superficie era mas azul que nunca, tersa i tranquila.

A lo léjos se escuchó la sirena que perforó el espacio con su silbo agudo, al cual repuso aquí una algazara loca i bulliciosa. En tropel comenzaron todos el descenso, saltando como cabros hacía abajo.

Hasta la señora Amelia quiso ir a despedirnos i, con María Antonieta



en brazos, subió al carrito en donde iba mi capitán; luego se agregó mi teniente.

Nos formamos por última vez en el muelle para que mi 1.º Canales pasara lista i después empezó el embarque.

Solo entónces supe que mi teniente se iba con nosotros, al ver a su asistente Carreño con la maleta i el portamanta.

—Adios, muchachos; que les vaya bien—nos despidió mi capitán.

I todos en coro:

—Adios, señor.

Castillo, el humilde Castillo, se aproximó temeroso, riéndose aver-



gonzado, con un gran ramo de flores silvestres en la mano i se lo ofreció a la señora Amelia, sin decir nada, faltar de palabras.

—A nombre de todos, señora— dije.

—Sí, sí, a nombre de todos.

Tuvo una sonrisa de infinita dulzura i se le llenaron los ojos de lágrimas.

Mi teniente levantó en alto a María Antonieta besándola con beatitud muchas veces. Sin darse cuenta, la niña lo abrazaba como siempre; hasta que él la puso suavemente en brazos de la madre. Se acercó al jefe i su voz temblaba al despedirse:



—Adios, mi capitan; gracias por todo.

—De nada, Rubilar; yo he de dár-selas a Ud.

Inclinado delante de la señora Amelia, le estrechaba la mano, sin pronunciar una palabra. El rostro blanco de la dama tenia la palidez de un lirio, i sus párpados cerrados por angustiosa contraccion, se dirian el dique que sujetara sus lágrimas.

El oficial descendió rápidamente la escala del muelle i se mantuvo de pié en la proa del bote, volviéndonos la espalda.

Arriba quedaron mi capitan i la señora Amelia, que estrujaba entre



sus brazos a la niñita. Mas atras se distinguia a mi 1.º Canales.

—Boga! avantel!

La pequeña barca dirijióse al remolcador i cuando estuvimos instalados, levó el ancla i emprendió la vuelta.

La vuelta!...

De pié, sobre cubierta, todos seguíamos con la vista aquellos sitios que abandonábamos para siempre. Sólo mi teniente permanecia en su postura favorita: sentado sobre un rollo de cables, con la cara entre las manos, los ojos vagos i errantes por la verdosa superficie del mar.

Poco a poco nos fuimos alejando. La distancia atenuaba los detalles,



borraba los contornos e hizo desaparecer por fin el fuerte donde una porción de seres infinitamente pequeños ante la grandeza de los montes i el océano, seguirían exprimiendo la silenciosa tragedia de la vida...



SECC. CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CONTROL







